



J. G. Ballard

La sequía



La sequía describe un mundo en el que la desaparición del agua trastoca el tiempo, el espacio, y el sentido de la propia identidad. De tintes apocalípticos, la trama se sitúa en un hipotético mundo donde el agua potable es un recurso prácticamente agotado. La contaminación de los mares y océanos ha provocado que una capa de residuos químicos cubra las aguas, impidiendo su evaporación y la creación de nubes, y acabando, por ende, con la lluvia. No hay agua, todo muere.

La sequía de J. G. Ballard, forma parte de una serie de cuatro libros que narran las distintas formas en las que el mundo es destruido. El mundo sumergido (1962), El viento de ninguna parte (1962), La sequía (1965) y por último, El mundo de cristal (1966) quizá la más peculiar de todas.

PRIMERA PARTE

1

El lago condenado

Al mediodía, cuando el doctor Charles Ransom atracó la casa flotante en la boca del río, vio a Quilter, el hijo idiota de la vieja que vivía en una barca decrepita fuera de la ensenada de yates, de pie sobre una punta de roca en la otra orilla y sonriendo a los pájaros muertos que flotaban en el agua. El reflejo de la hinchada cabeza nadaba como un nimbo deforme entre las plumas inertes. Maderas y papeles mo-teaban la barranca reseca, y la figura de rostro de sueño de Quilter fue para Ransom como un fauno demente que se cubría de hojas mientras lloraba el espíritu perdido del río.

Ransom ató los cables de proa y de popa al desembarcadero, diciéndose que la comparación era menos que adecuada. Aunque Quilter se pasaba tanto tiempo como Ransom y todos los demás observando el río, sus razones seguían siendo típicamente perversas. El descenso continuo de las aguas, producto de una sequía que había durado ya toda la primavera y el verano, parecía darle una especie de retorcido placer, aunque los primeros perjudicados habían sido él y su madre. La barca descascarada —un regalo excéntrico del protector de Quilter, Richard Foster Lomax, el arquitecto vecino de Ransom— estaba ahora inclinada en más de treinta grados, y si el agua bajaba aún unos pocos centímetros el casco reventaría sin duda como una calabaza hueca.

Protegiéndose los ojos de la luz del sol, Ransom abarcó de una mirada las barrancas silenciosas del río, que serpenteaban hacia la ciudad de Mount Royal a ocho kilómetros de distancia en el oeste. Desde hacía una semana iba de un lado a otro por el lago en la casa flotante, navegando entre los riachos y los esteros mientras esperaba a que terminase la evacuación de la ciudad. Luego de la clausura del hospital de Mount Royal, había pensado irse a la costa, pero a último momento decidió pasar unos días más en el lago antes que desapareciera. De cuando en cuando, entre los bancos de cieno que asomaban en el centro del lago, veía el arco del puente lejano que atravesaba el río, las ventanillas de miles de coches y camiones que relampagueaban como lanzas enjoyadas mientras corrían por el camino costero hacia el sur; pero la mayoría de los días había estado solo. Suspendido como la casa flotante sobre el espejo menguante del agua, el tiempo parecía ahora más sosegado.

Ransom había postergado el viaje de vuelta hasta que ya nada se moviera en el puente. Para entonces el lago, antes una caudalosa extensión de agua de unos cincuenta kilómetros de largo, había quedado reducido a una serie de charcos y riachuelos separados entre sí por bancos de fango que se secaban poco a poco. Algunos botes pesqueros navegaban aún entre los bancos, los tripulantes de pie y hombro a hombro en las proas. Los pobladores de la zona —ropas descoloridas, caras enjutas sombreadas por gorros negros— se quedaban mirando el barco de Ransom con los ojos absortos de un grupo de balleneros perdidos, demasiado agotados por alguna tragedia personal para echar una cuerda a esta presa varada.

En cambio, la lenta transformación del lago parecía animar a Ransom. A medida que las extensas capas de agua iban contrayéndose, y primero eran lagunas y luego un laberinto de riachos, las dunas del fondo del lago aparecían como viniendo de otra dimensión. La última mañana descu-

brió al despertar que la casa flotante había quedado varada delante de una ensenada pequeña. Las barrancas fangosas, cubiertas de cuerpos de aves y peces, se extendían por encima de él como las costas de un sueño.

Se acercó a la boca del río, guiando el barco entre botes pesqueros y yates encallados. El pueblo costero de Hamilton parecía desierto. Las casas flotantes, a lo largo de los muelles de pescadores, estaban vacías, y las formas blancas de los pescados se secaban a la sombra colgadas de hileras de ganchos. En los jardines frente al agua ardían lentamente unas pilas de basura, y el humo subía a las ventanas abiertas, que batían en el aire tibio. No había nadie en las calles. Ransom había supuesto que aún encontraría allí a alguna gente, esperando a que terminara el grueso del éxodo hacia la costa, pero la presencia de Quilter (y hubiera podido decir: la sonrisa ambigua de Quilter) era como un oscuro presagio, uno de los muchos signos irracionales que revelaban hasta qué punto había progresado la sequía en la confusión de los últimos meses.

A la derecha, a cien metros, más allá de las columnas de cemento del puente, los pilotes de madera del depósito de combustible se alzaban sobre el barro agrietado. El muelle flotante había tocado fondo, y los botes pesqueros comúnmente amarrados al muelle se habían movido hacia el centro del canal. Normalmente, a fines del estío, el río hubiera tenido cien metros de ancho, pero ahora medía apenas la mitad. Era un riachuelo de aguas poco profundas que se escurría lentamente siguiendo la línea de las barrancas.

Al lado del depósito se extendía la ensenada de los yates, con la barca de los Quilter amarrada al espigón. Luego de firmar en el depósito la transferencia de la barca, Lomax, exhibiendo una generosidad quiijotesca, les había regalado un galón de petróleo, apenas lo suficiente para que la pareja pudiera navegar cincuenta metros hasta la ensenada. Allí se les prohibió la entrada y atracaron fuera. La señora Quilter, el pelo rojo y descolorido al viento sobre el Chal oscu-

ro, se pasaba el día sentada en la escotilla, refunfuñando cuando las gentes bajaban con baldes a la orilla del agua.

Ransom podía verla ahora: la nariz ganchuda picoteaba a derecha y a izquierda como una cotorra irritada mientras ella se abanicaba la cara morena, indiferente al calor y la pestilencia del río. Cuando Ransom había partido en la casa flotante una semana atrás, la había visto en ese mismo sitio, vituperando a los marineros de fin de semana que amontonaban sacos de cemento en la boca de la bahía. Aun en marea alta el agua llegaba apenas a los muelles angostos, y ahora se había retirado dejando los elegantes yates clavados en el barro. La figura de bruja de la señora Quilter presidía de algún modo ese escenario de naves abandonadas.

A pesar del aspecto grotesco de la vieja y del hijo loco, Ransom la admiraba. A menudo, en invierno, había cruzado la planchada carcomida que llevaba al interior de la barca, donde ella estaba tendida en la oscuridad sobre un colchón de plumas atado a la mesa de navegación, respirando pesadamente. La cabina única, en la que se amontonaban unos faroles polvorientos, era un laberinto de nichos malolientes, disimulados detrás de viejos chales de encaje. Ransom sacaba el frasco de ginebra que traía en el maletín, le llenaba la tetera, y casi en seguida el idiota lo llevaba de vuelta al otro lado del río en una batea que hacía agua, mirándolo a través de la lluvia con ojos abiertos como lunas extrañas bajo la frente hidrocéfala.

La lluvia... Recordando que la palabra había tenido algún sentido, Ransom miró el cielo. Ni una nube, ni una gota de vapor empañaba la fuerza del sol que colgaba allá arriba como un genio siempre solícito. La misma luz invariable, un palio de amarillo esmaltado que embalsamaba todo en calor, cubría los campos y caminos al borde del agua.

Bajo el embarcadero, Ransom había clavado una hilera de estacas rayadas, para medir el descenso del río. En los últimos seis meses había bajado unos seis metros, y el caudal de agua era cuatro veces menor. A medida que se va-

ciaba, parecía que atraía todo hacia él. Las barrancas se enfrentaban ahora como acantilados, coronados por los toldos invertidos que colgaban de las chimeneas ribereñas. Diseñados originalmente como trampas de lluvia —aunque ninguna lluvia había caído nunca dentro de ellos— los sacos de lona se habían transformado en una línea de recipientes aéreos de basura, tazones de polvo y hojas que se alzaban como ofrendas al sol.

Ransom atravesó la cubierta y bajó a la cabina del timón. Saludó con la mano a Quilter, que lo miraba con una sonrisa torcida. Detrás de él, a lo largo de los muelles desiertos, los pescados secos giraban lentamente en el aire.

—Dile a tu madre que mueva la barca —le gritó Ransom a través del inerte espejo de agua—. El río está bajando.

Quilter no le hizo caso. Le señaló las manchas borrosas que se mecían lentamente bajo la superficie del agua. —Nubes— dijo.

—¿Qué?

—Nubes —repitió Quilter—. Llenas de agua, doctor.

Ransom sonrió y fue por la planchada hasta la cabina de la casa flotante; el extraño humor de Quilter lo divertía de alguna manera. A pesar del cráneo deforme y los aires de Calibán, Quilter no tenía nada de tonto. La sonrisa irónica y soñadora, de una insistencia que a veces era casi afectuosa, como si estuviera diciendo que entendía los secretos más íntimos de Ransom, el cráneo estriado, de pelambre rojiza, y los planos invertidos de la cara, de pómulos muy hundidos, que dejaban unos huecos debajo de los ojos, todo esto, y alguna racha de inesperada ingenuidad, hacían de Quilter una figura intimidante. La gente en general tenía el buen sentido de no meterse con él, posiblemente porque Quilter se las arreglaba siempre para encontrarles el lado flaco, y luego insistir como un inquisidor.

Era ese olfato para el fracaso, decidió Ransom no demasiado divertido mientras Quilter lo observaba desde el promontorio por encima de los pájaros muertos, lo que expli-

caba probablemente la afanosa curiosidad del idiota, que venía siguiéndolo a todas partes desde hacía ya algún tiempo. Quilter pensaba sin duda que las escapadas solitarias a las ciénagas en la costa sur del lago indicaban una resistencia por parte de Ransom a enfrentarse con ciertos fracasos, principalmente la ruptura con su mujer, Judith. Pero las veces que Quilter había intentado explotar esta situación, fastidiándolo en cuestiones menores —robándole el equipo de cubierta, desconectándole los cables eléctricos que le llegaban de la barranca— no había conseguido alterar el paciente buen humor de Ransom.

Quilter, por supuesto, no había alcanzado a entender que el fracaso del matrimonio de Ransom era menos una falla personal que la de todo un contexto urbano, en realidad una falla del paisaje, y que al descubrir el río, Ransom había encontrado al fin un ambiente adecuado y cómodo, una zona de identidad en el espacio y el tiempo. Quilter no hubiera podido imaginar hasta qué punto Ransom se sentía parte de la comunidad del río, de los lazos invisibles que unían a las gentes de la ribera, y que para él habían comenzado a ocupar el sitio que antes había correspondido al matrimonio y el trabajo en el hospital. La sequía había terminado con todo esto.

A lo largo del verano, Ransom había observado cómo el río iba encogiéndose, y se transformaba en un arroyo de aguas bajas, borrando a la vez múltiples asociaciones. Sobre todo, advertía Ransom, la función temporal del río ya no era la misma. Antes le había parecido un inmenso y fluido reloj, y los objetos sumergidos habían tomado posiciones en el agua, como boyas del sol y los planetas. Los continuos movimientos laterales del río, las crecientes y las bajantes, y las presiones contra el casco, eran como la actividad misma del río dentro de un vasto sistema de evolución donde el flujo acumulativo de las aguas parecía impertinente y sin significado, como el movimiento aparentemente lineal del tiempo mismo. Los verdaderos movimientos eran

esas relaciones fortuitas y discontinuas de los objetos dentro del río: él y la señora Quilter, el hijo idiota y los pájaros y peces muertos.

Junto con la muerte del río desaparecerían todos los contactos entre quienes habían encallado en el cauce reseco. Por el momento, la necesidad de encontrar una nueva medida para esas relaciones se subordinaría al problema más inmediato de la supervivencia física. Ransom creía, sin embargo, que la ausencia de este gran moderador, que servía de puente entre todos los objetos, tanto animados como inanimados, tendría una extrema importancia. Pronto cada uno de ellos sería literalmente una isla en un archipiélago donde el tiempo se había secado.

2

Recuerdos

Sirviéndose el poco whiskey que quedaba en la despensa, Ransom se sentó en el borde del sumidero y se puso a raspar las manchas de alquitrán en los pantalones de algodón. Antes de una hora bajaría a tierra, abandonando la casa flotante por última vez, pero luego de una semana a bordo no tenía ganas de desembarcar y hacer todos los reajustes necesarios, mentales y sociales, aunque ahora serían mínimos. Se había dejado crecer la barba, una franja de cabellos rubios casi blanqueados por el sol; esto y el pecho bronceado y desnudo le daban el aspecto de un antropólogo nórdico que navega con una mano aferrada al mástil, y la otra al Malinowski. Aunque aceptaba de buen grado esta nueva máscara, Ransom se daba cuenta de que era por ahora meramente nocional, y que la verdadera odisea estaba allí ante él, en el viaje por tierra hacia la costa.

Sin embargo, aunque el papel de navegante solitario pudiera ser para él y en muchos sentidos una agradable mascarada, Ransom había encontrado en la casa flotante un verdadero hogar, desde mucho antes de comprarla, hacía pocos meses. Había visto que el barco estaba en venta en el invierno anterior, mientras visitaba a un paciente en la ensenada, y lo había comprado casi sin reflexionar, en uno de esos impulsos gratuitos a los que se abandonaba a menudo, en busca de nuevas dimensiones. Sorprendiendo a los otros barqueros llevó la nave a remolque y la atracó en

la barranca desnuda debajo del puente. El sitio era un atracadero malo de renta nominal, y el hedor de los muelles pesqueros le llegaba flotando por encima del agua, pero el camino que pasaba por allí cerca lo llevaba rápidamente a Hamilton y la clínica. El único peligro eran las colillas encendidas que la gente tiraba desde los coches al cruzar el puente. De noche se instalaba en la cabina de mando a observar las brillantes parábolas que se extinguían en el agua de alrededor.

Entre sorbos de whiskey Ransom paseaba los ojos por la cabina preguntándose qué cosas se llevaría. La cabina se había convertido de modo involuntario en el repositorio de todos los talismanes que había tenido alguna vez. En la repisa estaban los textos de anatomía que había usado como estudiante en la sala de disección, las páginas manchadas con la formalina que goteaba de los cadáveres, y en algún sitio entre esas páginas el retrato irreconocible del padre cirujano. Sobre el escritorio, del lado de la ventana de popa, estaba el pisapapeles de piedra caliza que había sacado de un risco en la infancia, y que guardaba en la superficie incrustada de conchas fósiles un cuanto de tiempo jurásico, como una joya. Detrás del pisapapeles, como un arca de la alianza, había dos fotografías en un marco plegable de ébano. A la izquierda una instantánea de él mismo a la edad de cuatro años, sentado en el césped entre sus padres, antes del divorcio. A la derecha, exorcizando este recuerdo, la borrosa reproducción de un cuadro de Yves Tanguy, *Jours de lenteur*, que había recortado de una revista. Los objetos pulidos de Tanguy, parecidos a guijarros, despojados de toda posible asociación, suspendidos sobre un suelo lavado por una marea, lo habían ayudado a liberarse de las fatigosas repeticiones de la vida cotidiana. Las redondas formas lechosas estaban aisladas en el lecho oceánico como la casa flotante en el cauce expuesto del río. Ransom tomó el marco y miró la fotografía. Aunque reconocía la cara pequeña y resuelta del niño sentado en la

hierba, parecía haber ahora entre él y la imagen una absoluta falta de continuidad. El pasado se había alejado escuriéndose, dejando detrás, como restos de un glaciar desvanecido, una morena de momentos que no tenían entre sí ninguna relación, los nodos romos de los recuerdos que lo rodeaban ahora en la casa flotante. La nave era en muchos sentidos como una cápsula que lo protegía contra las presiones y los vacíos del tiempo, así como la cabina de acero protege a un astronauta contra los peligros del espacio. Aquí los recuerdos apenas conscientes de la infancia y el pasado habían sido aislados y cuantificados, como fragmentos de minerales arcaicos guardados en cajas de vidrio en museos de geología.

3

Los pescadores

Una sirena gritó advirtiendo. Un barco de río, de chimenea alta, toldos blancos que se acampanaban sobre las hileras de asientos vacíos, iba a pasar entre los pilares centrales del puente. El capitán Tulloch, un viejo obstinado de nariz de botella, sentado sobre el techo de la cabina del timón, clavaba unos ojos miopes en el curso cada vez más angosto del río. De escaso calado, la nave podía deslizarse sobre los bancos sumergidos apenas a un metro de la superficie. Ransom sospechaba que Tulloch estaba ahora medio ciego, y que aquellas descabelladas idas y venidas en el barco vacío, que antes había llevado a turistas a través del lago, continuarían hasta que la nave encallara definitivamente en un banco de cieno.

Cuando el barco pasaba, Quilter dio un paso dentro del agua, y saltando ágilmente se colgó de la barandilla, haciendo pie en uno de los imbornales.

—¡A toda máquina!

Con un grito, el capitán Tulloch saltó del techo. Tomó un bichero y avanzó tambaleándose por la cubierta hacia Quilter, que le hacía muecas aferrado a la barandilla de popa. Gritándole al muchacho, que trepaba como un chimpancé por las barras de una jaula, Tulloch metió el bichero entre los hierros de la barandilla y lo sacudió ruidosamente hacia arriba y abajo. Habían pasado bajo el puente y se acercaban a la barcaza de Quilter. La señora Quilter, toda-

vía abanicándose, se enderezó y le lanzó al capitán una re-tahíla de vigorosos epítetos. Tulloch la ignoró y llevó a Quilter a lo largo de la barandilla, sudoroso, como un guerrero que embiste con una pica. El timonel desvió la nave hacia la barcaza, esperando que el balanceo la librara de las amarras. En ese momento la señora Quilter soltó de un tirón la cuerda del chinchorro. La cuerda rebotó en la proa del vapor, y salió disparada como un molinete frenético entre los cascos. Quilter saltó desde la barandilla, tropezó con la cuerda, y cayó tendido de bruces en la cubierta de la barcaza mientras el capitán Tulloch le lanzaba el bichero a la cabeza, arrancando el abanico de las manos de la señora Quilter y arrojándolo al agua.

La luz cálida del sol reverberó en la estela del barco, mientras la risa de la señora Quilter se apagaba detrás. Contento de ver a la vieja de tan buen humor, Ransom la saludó con la mano desde la cubierta de la casa flotante, pero la mujer había cruzado la planchada detrás de Quilter. El río se movía ahora lentamente, aquietándose, rompiendo de cuando en cuando en olas aceitosas. Las barrancas blancas se agrietaban como cemento seco, y las sombras de los árboles muertos eran como cifras quebradizas en las pendientes. Arriba se movió un coche, a lo largo del puente desierto, encaminándose hacia la costa.

Ransom bajó al muelle a inspeccionar el pluviómetro. Mientras le quitaba el polvo al cilindro, una mujer en salida de baño blanca descendió por la pendiente a unos cincuenta metros. Caminaba con el paso tranquilo de quien acaba de salir de una larga enfermedad y siente que dispone de todo el tiempo del mundo. El barro seco se quebraba y flotaba en el aire como nubes de polvo de hueso. La mujer miró con ojos preocupados la delgada corriente de agua, y alzó los ojos al cielo. La figura solitaria le pareció entonces a Ransom como un espectro del polvo renaciente.

La cara fuerte de la mujer se volvió hacia Ransom y le clavó los ojos como si no le sorprendiera encontrarlo allí de